

des, en una de las cuales vieron escritas con carbon, las siguientes palabras: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en su compañía (1).» Era Juan Yuste un hidalgo de los que habian ido con Pánfilo de Narvaez, persona de calidad que, seducido por las bellas descripciones que se hacian del país de Anáhuac, habia dejado sus repartimientos de la isla de Cuba, para conocer las auríferas regiones ponderadas. ¡Qué tristes debieron ser sus pensamientos al verse en aquella estrecha prision, esperando el espantoso instante de ser conducido á la piedra de los sacrificios! Los españoles no pudieron leer las palabras por él escritas sin conmoverse, y las lágrimas del sentimiento se asomaron á los ojos de los soldados, con el melancólico recuerdo de su fin, á la vez que sintieron latir de ira el corazon, deseando castigar á los autores de aquel hecho.

Por fortuna de los habitantes del pueblo, Gonzalo de Sandoval no era sanguinario ni vengativo. Tenia en su poder á cuatro principales de la poblacion y á otros muchos individuos que logró prender cuando huian de sus casas; pero las lágrimas de las mujeres y las protestas de los caciques, asegurando que el acto no habia sido cometido por voluntad de los habitantes de la provincia, sino porque les obligaron los mejicanos, alcanzaron el perdon de lo pasado. Gonzalo de Sandoval, llevado de sus generosos sentimientos, puso en libertad á los que habia hecho prisioneros, y prometió que no se castigaria á nadie, pues-

(1) «Y tambien se halló en una casa, donde los tuvieron presos, escrito con carbon: «Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Yuste, con otros muchos que traia en mi compañía.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

to que no habian obrado por su voluntad. Pronto los vecinos volvieron llenos de confianza á sus hogares, y todos ofrecieron ser fieles aliados de los españoles (1).

Al siguiente dia continuó Gonzalo de Sandoval su marcha hácia Tlaxcala. Seis leguas llevaría andadas, cuando al pisar la frontera de la aliada república y llegar á su primera poblacion, quedó gratamente sorprendido con el espectáculo que se presentó á sus ojos. Al penetrar en el pintoresco pueblo, se encontró en él con los españoles y tlaxcaltecas que conducian los bergantines anhelados por Hernan Cortés. La alegria del jóven capitán fué intensa, pues deseaba con ardiente afán, que empezasen las operaciones sobre la capital del imperio azteca. Los buques eran trece y de diversos tamaños. Habian sido contruidos bajo la acertada direccion del inteligente constructor Martin Lopez, ayudado de algunos otros carpinteros españoles y de varios tlaxcaltecas, que, como todos los nativos de aquellas fértiles regiones, tenian notable habilidad en imitar todo lo que veian. Antes de haber emprendido la marcha, los barcos fueron probados en el rio de Zahuapan (2).

(1) «Mas ¿qué remedio habia ya que hacer sino usar de piedad con los de aquel pueblo, pues se fueron huyendo y no aguardaron, y llevaron sus mujeres é hijos, y algunas mujeres que se prendian lloraban por sus maridos y padres? y viendo esto el Sandoval, á cuatro principales que prendió y á todas las mujeres las soltó, y envió á llamar á los del pueblo, los cuales vinieron y le demandaron perdon y dieron la obediencia á su majestad y prometieron de ser siempre contra mejicanos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Y despues de hechos por órden de Cortés, y probados en el rio que llaman de Tlaxcala Zahuapan, que se atajó para probar los bergantines, y los tornaron á desbaratar para llevarlos á cuestas sobre los hombros de los de Tlaxcala á la ciudad de Tetzeuco, donde se echaron en la laguna, y se armaron de artillería y municion.»—Camargo. Hist. de Tlaxcala, MS.

El éxito dejó satisfecho al constructor, y desarmando los buques, dispuso la conduccion de ellos á Texcoco, sin esperar la llegada de las fuerzas españolas, confiando en que las encontraria por el camino. Impaciente, como todos, porque se diese principio al sitio de Méjico, pidió al senado los indios de carga necesarios, y los jefes de la república le dieron ocho mil, al mismo tiempo que aprontaron un ejército de trein mil guerreros, para que custodiara los bergantines.

La conduccion se dispuso con verdadero júbilo de los tlaxcaltecas, para quienes la carga de los barcos les parecia ligera, puesto que los consideraban como el instrumento eficaz con que se iba á destruir el imperio mejicano, de quien habian sufrido considerables daños, y del cual eran irreconciliables enemigos.

La marcha, al salir de Tlaxcala, se emprendió poniéndose á la vanguardia el valiente general tlaxcalteca Chichimecatl, hombre de ilustre cuna y de esforzado aliento, cuyo denuedo y bizarría llamaron la atencion de Hernan Cortés y elogía el sincero Bernal Diaz. Iba al frente de diez mil guerreros armados de flechas, lanzas, hondas y macanas. En la retaguardia marchaba Ayotecatl, con igual número de fuerzas; guardaba los flancos Teotepil, con otros diez mil hombres, y en el centro, conduciendo en hombros la tablazon de los buques, las anclas, el velámen, las jarcias y los timones, se veian ocho mil cargadores, unidos á otros dos mil que llevaban los víveres necesarios. Martin Lopez, no menos hábil constructor que intrépido soldado, con algunos españoles, disponia las jornadas que se habian de hacer, á fin de que los indios de

carga descansaran, y las piezas no sufriesen lesion ninguna.

Gonzalo de Sandoval se manifestó agradecido á los tres jefes tlaxcaltecas que se habian puesto al frente de las tropas de la república, y dió el parabien al valiente Chichimecatl, por el arrogante aspecto y buen orden de su robusta gente. El noble tlaxcalteca, que apreciaba al jóven capitán español por su intrepidez y afables maneras, quedó altamente satisfecho del elogio, y ambicioso de gloria, anhelaba que se presentase la ocasion de alcanzarla en los combates.

Gonzalo de Sandoval no alteró el orden de la marcha que hasta allí habian observado; pero al penetrar en el territorio perteneciente al imperio mejicano, juzgó prudente hacer algunos cambios en la colocacion de las tropas. Colocó en la vanguardia, ocho soldados de caballería y cien infantes españoles, en union de diez mil guerreros tlaxcaltecas, mandados por sus respectivos jefes: puso en el centro á los ocho mil indios de carga, y en la retaguardia otros cien infantes españoles con ocho de caballería, acompañados de diez mil tlaxcaltecas, mandados por el valiente jefe Chichimecatl, que hasta entonces habia ido en la vanguardia. El noble guerrero tlaxcalteca, resentido por el cambio, pues juzgaba que era lugar de menos peligro el que se le daba, reclamó á Gonzalo de Sandoval el puesto de vanguardia, diciendo que todos sus mayores habian marchado siempre á campaña, ocupando el sitio de mas riesgo. El jóven capitán español, le dijo, que precisamente, porque la retaguardia era el puesto mas comprometido, le habia colocado en ella, pues los mejicanos acostumbraban ata-

car cuando habia pasado la vanguardia. El esforzado Chichimecatl, temiendo fuese un pretexto, insistió en llevar la delantera; pero Gonzalo de Sandoval logró al fin persuadirle de que realmente la retaguardia era el puesto de mayor peligro. «En ella voy á marchar yo tambien, le dijo, y esto debe convencerlos de que os elijo porque me es conocido vuestro esfuerzo.»

El jefe tlaxcalteca abrazó al capitán español, persuadido de que se le daba el puesto mas comprometido, y le dió las gracias por la distincion que de él hacia, suplicándole que, puesto que así se le honraba, le dejasen á él solo la defensa del sitio que se le confiaba. Ansioso de llevar la gloria en caso de ser atacada la retaguardia, suplicó que la fuerza española fuese en la vanguardia ó los flancos, pues deseaba deber el triunfo á su solo brazo (1). Mucho costó convencerle de que no disminuiría en nada la honra que adquiriese, en que á su lado fuesen algunos castellanos.

(1) El Chichimecatecle, que traía la dicha tablazon, como siempre fasta allí con la gente de guerra habia traído la delantera, tomólo por afrenta, y fué cosa recia acabar con él que se quedase en la retaguardia, porque él queria llevar el peligro que se pudiese recibir; y como ya lo concedió, tampoco queria que en la rezaga se quedasen en guarda ningunos españoles, porque es hombre de mucho esfuerzo, y queria él ganar aquella honra.—Tercera carta de Cortés.

Hablando del mismo hecho, dice Bernal Diaz lo siguiente: «Y mandó á Chichimecatecle, que iba por capitán delante de todos los tlaxcaltecas, que se quedase detrás para ir en la retaguardia juntamente con el Gonzalo de Sandoval; de lo cual se afrentó aquel cacique, creyendo que no le tenían por esforzado; y tantas cosas le dijeron sobre aquel caso, que lo hubo por bueno viendo que el Sandoval quedaba juntamente con él, y le dieron á entender que siempre los mejicanos daban en el fardaje, que quedaba atrás; y como lo hubo bien entendido, abrazó á Sandoval y dijo que le hacían honra en aquello.»

Colocada la gente en el orden que acabo de expresar, se emprendió la marcha por fragosas sierras, peligrosos desfiladeros y espesos bosques, esperando á cada instante verse acometidos en los difíciles pasos en que el camino abundaba. Algunas partidas de guerreros mejicanos observaban, desde las montañas, la conduccion de los buques, y daban voces, burlándose del proyecto de dominar la laguna. El número de escuadrones se aumentaba á medida que el ejército avanzaba; pero siempre se mantuvieron á larga distancia, sin atreverse á medir sus armas con sus temibles adversarios.

Después de haber caminado tres dias con las mayores precauciones, llegó Gonzalo de Sandoval con sus tropas y las tlaxcaltecas á la vista de Texcoco. La alegría de Hernán Cortés y de los españoles que con él estaban, fué intensa, al descubrir desde las azoteas de sus cuarteles, la tablazon de los bergantines, el cordaje, las anclas y los timones. El caudillo castellano y sus capitanes, vestidos con sus mas ricos trajes, salieron á recibir al ejército aliado, cuyas descubiertas se hallaban ya á pocas varas de las puertas de la ciudad. Los jefes tlaxcaltecas se pusieron, al aproximarse á Texcoco, sus mas brillantes cascos, penachos, brazales y corazas; y al son de los caracoles marinos, las trompetas, los tamboriles y otros instrumentos bélicos, penetraron en la capital acolhua, cuyos habitantes tomaban parte en el regocijo general. Las calles y las azoteas se hallaban llenas de personas de todos sexos y edades, ansiosas de ver los barcos dispuestos por los hombres blancos. Los escuadrones tlaxcaltecas, tremolando sus estandartes y marchando al compás de sus instrumentos

guerreros, cruzaban ufanos la ciudad, gritando sin cesar: «¡Vivan Castilla y Tlaxcala: Viva el emperador nuestro señor! (1)»

El convoy ocupaba un espacio de dos leguas, y seis horas transcurrieron desde que entró la descubierta, hasta que las últimas filas de la retaguardia llegasen á las puertas de la ciudad (2). «Cosa maravillosa era,» dice Hernan Cortés en su tercera carta á Carlos V, «y digna de ser referida, ver conducir á distancia de diez y ocho leguas, por entre desfiladeros y montañas, trece embarcaciones en hombros de cargadores (3).» No hay duda, con efecto, de que la conduccion de los bajeles, cruzando las elevadas sierras y las montañas del Anáhuac, debia presentar un espectáculo sorprendente. Cuando el viajero se detiene á examinar los difíciles pasos y peligrosos desfiladeros por donde fueron llevadas las veleras naves, se asombra de que hubiese un genio á quien le ocurriese transportar por ellos una poderosa escuadra. La sola concepcion de la idea, revela el espíritu extraordinario de aquel hombre emprendedor, á quien las dificultades prestaban aliento, y cuyo esfuerzo le hacia salir vencedor de todos los obstáculos. En los acontecimientos notables, antiguos y modernos que la

(1) «Iban entrando y dando voces y silbidos y diciendo: «Viva, viva el Emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla y Tlaxcala, Tlaxcala.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la Conq.

(2) «Dende la vanguardia á la retaguardia habia bien dos leguas de distancia... Dende que los primeros comenzaron á entrar hasta que los postreros hubieron acabado, se pasaron mas de seis horas sin quebrar el hilo de la gente.»—Tercera carta de Cortés.

(3) «Que era cosa maravillosa de ver y así me parece que es de oír, llevar trece fíestas diez y ocho leguas por tierra.»—El mismo.

historia registra en sus elocuentes páginas, no se encuentra un hecho de esa naturaleza, comparable, en magnitud, á él y que solo un genio creador como el de Cortés y una resolucion inquebrantable como la suya, pudo concebir y realizar.

Cuando Hernan Cortés mandó inutilizar la flota que le condujo á las playas de Veracruz, y guardar el velamen y la clavazón de los buques, nadie pudo imaginarse que los reservaba para armar nuevos barcos cuando las circunstancias lo exigiesen. La prevision del caudillo español, no era inferior á su osadía y á su constancia.

En cuanto el ejército tlaxcalteca se colocó en los sitios que le estaban señalados en la ciudad, Hernan Cortés obsequió á los tres jefes principales que lo mandaban, y les dió las gracias por los señalados servicios que habian prestado. El intrépido general Chichimecatl, cuyo placer era el peligro de los combates y el ruido de las armas, sin querer descansar en la penosa marcha, rogó al caudillo español que le ocupase inmediatamente, pues anhelaba batirse con los mejicanos. «Venimos, le dijo, con deseo de medir nuestras armas con los batallones aztecas: disponed, por lo mismo, de nosotros, pues todos anhelamos vengarnos de nuestros mortales enemigos ó morir al lado de los españoles.» El general castellano, cautivado del valor del noble jefe tlaxcalteca, le manifestó su gratitud, y le contestó: «que descansasen, que muy pronto tendria el gusto de utilizarse de su denuedo y de su buena voluntad (1).»

(1) Agradecido á aquellos señores las buenas obras que nos hacian, hícelos aposentar y proveer lo mejor que ser pudo; y ellos me dijeron que traían

Despues de haber cumplido con las atenciones debidas á los generales de la república amiga, Hernan Cortés se dirigió al sitio en que se habia colocado todo lo perteneciente á los bergantines.

Para evitar que los mejicanos pudieran incendiarlos, acercándose por la laguna, colocó centinelas en puntos convenientes, y encargó la mayor vigilancia.

Al llegar la noche, la gente se entregó al sueño para descansar de la fatiga del penoso viaje, y Hernan Cortés, recomendando de nuevo á los vigilantes y rondas el cuidado de los barcos, se retiró á su alojamiento pensando en las operaciones de la próxima campaña.

deseo de se ver con los de Culúa, y que viese lo que mandaba, que ellos y aquella gente venian con deseos y voluntad de se vengar ó morir con nosotros, y yo les di las gracias, y les dije que reposasen y que presto les daria las manos llenas.»—Tercera carta de Cortés.

## CAPÍTULO XXIII

Cortés manda hacer un canal para conducir por él los bergantines desde Texcoco á la laguna.—Expedicion sobre la capital para reconocer el campo.—Ocupacion de Tacuba.—Encuentros con los mejicanos.—Expedicion de Sandoval.—Batalla ganada por los chalqueños contra los mejicanos.—Llegan algunos buques á Veracruz con refuerzos.—Nuevas provincias se presentan á Cortés, declarándose sus señores vasallos del rey de España.—Los chalqueños piden auxilio á Cortés.

1521. La ciudad de Texcoco distaba del lago de su mismo nombre, poco menos de media legua.

Hernan Cortés, á fin de que los bergantines pudiesen, al estar calafateados, marchar por agua desde la poblacion á la laguna, dispuso hacer un ancho y profundo canal. Para realizar su pensamiento, suplicó al jefe del Estado, Ixtlilxochitl, que le proporcionase la gente necesaria. El jóven gobernante texcocano, que participaba del mismo afan que los españoles, de destruir el imperio azteca, obsequió, sin